EL LUTO

POR

DANIEL SUEIRO

Constantemente lo estaba viendo y no se había fijado, pero al pobre ya no había por dónde cogerlo. Cuando estamos acostumbrados a ver un traje, nos parece que está como siempre y no te paras en detalles. Y al coger la chaqueta y mirarla bien para limpiarla, ya vió la transparencia de los codos, los hilos sueltos por detrás, las solapas abarquilladas; igual que el pantalón, ahora que lo estaba planchando, por las rodillas y los bajos, desgastados o empezando a romperse.

Mario se había puesto, mientras tanto, el otro traje, el viejo, la chaqueta de cuadros y el pantalón gris quemado, que no usaba desde hacía tiempo; lo había desechado por completo. (Hacía meses, más de un año, que no *le veía* aquella ropa. Estaba «impresentable», como él habría dicho la última vez.)

—Tendrás que hacerte un traje—le dijo Tina, dejando la plancha y volviendo a inspeccionar el pantalón.

—Tú dale un buen repaso, que aún tiene que tirar.

—Puesto, no se nota tanto. Yo ni me había dado cuenta; pero ahora que lo veo...

—Debajo de la gabardina no se advierte—Mario alzó la vista y la miró, y contempló luego la chaqueta, colgada del respaldo de la silla, lista ya, y el pantalón, que ella estaba acabando de planchar.

—Para debajo de la gabardina aún puede pasar—asintió Tina—, pero luego...

—Luego ya veremos.

—Tendrás que hacértelo para la primavera.

—Ya veremos, Tina.

Tina plancha en la cocina, sobre la tabla, que está apoyada en la pila de fregar por un extremo, y por el otro, en la superficie de la alacena. Mario la acompaña, leyendo el periódico en zapatillas. La casa es modesta, tiene otras dos habitaciones, pero todo está muy limpio y en orden. Las tardes de los domingos se las suelen pasar siempre en casa; fuera no se para, no hay sitio en ninguna parte, y además se ahorra dinero o, mejor dicho, no se gasta. En casa es donde mejor se está. En el hogar de uno, con el hombre o la mujer a quien se ama (según se trate de cada cual) y con la radio. Mario ya ni siquiera va al fútbol, y Tina también se va aguantando las ganas de

ir al cine tan a menudo. Los domingos por la tarde se pasan en casa muy a gusto; se duerme, se adelanta el trabajo, se plancha o se limpia, hay tiempo para todo, para hablar y para estar callados.

—Porque el traje negro—añadió Tina con voz queda—, ése no te lo vas a poner.

Mario abatió el periódico distraído y la miró entrecerrando los ojos. Parecía pensativo, y alzó un poco los hombros indeciso

—El negro... —comenzó.

—Es una pena; está completamente nuevo.

—Ya, pero... así, sin más ni más... Me gustaría, desde luego.

—Menudo traje que es, menuda tela.

—Y nuevo que está, dímelo a mí.

—Debajo de la gabardina es como te lo debías poner, si no te gusta..., si no quieres... —vaciló Tina.

—¡Mujer!... Un traje así..., también es una lástima esconderlo. Si por lo menos la gabardina fuera una gabardina decente...

—No sé qué tiene esa gabardina.

—Está hecha una mierda, hombre. Se cae a trozos. No, si estoy bien equipado...

—Pues mírame a mí... —murmuró a duras penas Tina, aún en contra de su voluntad.

—Ya lo sé, ya—suspiró Mario.

Al cabo de un rato de silencio ella volvió a hablar.

—Desde luego—dijo Tina—, es un buen traje. Pero tal vez tengas tú razón. Para llevarlo bajo la gabardina, mejor es no gastarlo. Es un traje de vestir, de mucho vestir.

—Fué para lo que fué—respondió Mario—. Si llega a ser hoy... Hoy me caso yo de calle, y se acabó. Hicimos bien el primo. Ahora, un traje completamente nuevo y sin poder ponérmelo.

—Pues aquello había que hacerlo, hombre—Tina se asusta al pensar que ya han pasado casi cuatro años, y nada. (Un domingo por la tarde, los niños tienen que entretenerla a una mucho.)

—Con una camisita bien blanca... Pero en primavera tampoco pega un traje negro, y menos en verano. No, si no creas que no lo he pensado más de una vez. Ya tengo ganas de ponerme ese traje. Me quedaba bien, ¿no?

—Superior—sonríe Tina.

—¿Me lo pruebo? —Mario se levanta de la silla, sigue preguntando con la mirada.

Tina ríe aún sin responder, lista ya la faena del planchado, por esta tarde.

—Me lo voy a poner; a ver.

Estaba colgado de una percha, dentro del ropero, con las bolitas de alcanfor casi todas gastadas dentro de los bolsillos, envueltas en trozos de papel. Mario se quedó en calzoncillos y se puso rápidamente el traje negro, delante de Tina. Luego se contempló en la luna del armario.

El traje de la boda está completamente nuevo (no se lo ha puesto más que una vez, aquélla), y es de muy buen paño.

—¿Qué tal? —estirando el cuello ante el espejo y pasándose las manos por las solapas.

A Mario el traje negro le queda muy bien, tan alto y blanco como es, tan moreno de pelo.

Tina trae de la cocina el paño blanco de la plancha; se lo coloca dentro de las solapas, como si fuera una pechera almidonada o un pañolón de seda, sobre la camisa rayada y sucia, y el efecto es aún mejor. Mario tira de las mangas hacia abajo, alza las piernas, da unos pasos delante del espejo.

—Lástima de traje, ¿eh? —murmura, sin apartar la vista de su elegante imagen—. No, si aún he de ponérmelo alguna vez.

—¿Por qué no? Cuando pare de llover y venga el buen tiempo puedes salir con él perfectamente.

—De todos modos, uno nuevo no me voy a poder hacer.

Sin embargo, llegó la primavera y el buen tiempo, incluso el calor, y Mario no se puso el traje negro (nuevo, nuevo por completo) para salir a cuerpo a la calle. Dejó la gabardina, pero siguió con el traje que Tina le limpiaba y planchaba todos los domingos por la tarde; el traje que tenía.

—Pero ¿no te lo pones, Mario?

—No, no me lo voy a poner.

—Ya sabía yo que no te lo pondrías. No sé por qué, pero me imaginaba que no ibas a querer ponértelo.

—¿Te lo imaginabas?

Tina alzó ligeramente los hombros, disculpándose con una sonrisa algo confusa, aunque cariñosa.

Y para el verano, cuando llegó el calor fuerte, Mario sacó aquel traje clarito, tan liviano, mil veces lavado y planchado y casi transparente ya. Con él andaba fresco, iba tirando.

Pero en el otoño se planteó de nuevo el problema. Hacía aún demasiado calor como para ponerse el del invierno (que además no iba bien sin la gabardina encima, y lo de la gabardina era otra), pero ya no tanto como para aguantar con el de viscosilla. Mario, en el fondo, estaba deseando ponerse el traje negro (tan sobrio, tan elegante), pero no se atrevía.

Bueno, me pongo el traje negro, muy bien, y me voy a cuerpo gentil por la calle o llego tan campante a la oficina, y todos aquellos o el primero con el que me tropiezo van a preguntarme, de seguro: «¿Por quién lo llevas, Mario? No sabía nada, perdona.» «No, si no es nada», responderé para seguir adelante. «¿Que no es de luto? Entonces, ¿por qué te vistes así, si no se te ha muerto nadie?» No les vas a decir: «Es que no tengo otra cosa que ponerme, y como el traje de la boda estaba nuevo...» ¿Qué les dices entonces? Te van a dar una palmadita de cachondeo en la espalda, al tiempo que se van riendo: «¡Ah...! Es una cosa de por sí... Lo haces porque te sienta. Pues no te queda mal, ya ves... ¡Adiós, *arbiter elegantiarum!*» O cosas parecidas, que no se pueden aguantar; sin contar con las coñas que se van a traer luego, entre ellos, con sus mujeres, etc.

Pero, sin embargo, a Mario le gustaría ponérselo. No sólo porque no tengo otro mejor, sino porque tiene ése. Es un traje hecho a medida, a su medida; lo encargó y lo pagó. Además, le queda bien; él no ha engordado ni tampoco crecido; le cae redondo.

Por otra parte, su posición social y profesional no exigen, ni siquiera permiten, una indumentaria semejante. En la calle extrema del barrio todo el mundo anda como puede, o sea tirando a mal, y en la oficina se trabaja todo el año en mangas de camisa; en verano por lo que es y en invierno por la calefacción. Si tuviera otro oficio, si tuviera que visitar a las personalidades, por ejemplo en los Ministerios, o recibir a la gente en un antedespacho, entonces la cosa aún tendría una explicación. O bien si fuera una de esas personas llenas de compromisos ineludibles, compromisos sociales se entiende, que van de *cocktail* en *cocktail* y de fiesta en fiesta sin parar, y han de dejarse ver en los mejores sitios y en las salas de fiestas, bailar, beber, andar de un lado a otro con el vaso en la mano, lo que se dice alternar. En ese caso, sí. Pero ¿adónde iba él con un traje negro como el de la boda? ¡Ca, no podía ser!

Porque si se dieran aquellas circunstancias, la gente de su calle o los amigos comentarían al verlo pasar tan bien vestido: «Hala, otra vez al Ministerio.» O bien: «Tiene una recepción.» Pero siendo las cosas como eran, ¿qué iban a decir? Alguna de estas cosas:

—¡Míralo al señorito! No tiene pa tabaco y anda que parece un marqués.

—¿Adónde va ese chalao? ¡Mira qué coña de tío! ¡Como si lo fueran a recibir esta tarde en Palacio!...

—No irás a la calle de la Ballesta, ¿eh, Mario? Que para eso sobran las etiquetas...

—¿Has cambiado de empleo? No sabía que ahora trabajaras en una funeraria.

—¡Que si anda mal!... Ha tenido que ponerse el traje de cuando se casó..., figúrate.

No, el traje no tenía ninguna justificación.

Iba a sufrir si se lo ponía (lo sabía), pero también sufriría por no ponérselo.

Si hubiera algún motivo..., una respuesta que dar, una explicación... No la había. De momento no la había (y este pensamiento asustó un poco a Mario, aunque no quiso detenerse ni profundizar más en él).

Lo más natural, de todos modos (el pensamiento ocupó de nuevo su cabeza), es que al verte así, todo de negro y camisa blanca, te pregunten que si es luto. ¿Se te ha muerto alguien? ¿Quién se te ha muerto? ¿Muerto? Nadie. No se ha muerto nadie, gracias a Dios.

Pero ya sería una explicación, una cosa clara. Eso sí.

Y además estaba la gente que no le conocía de nada, todas las chicas que se pasean por la Castellana, las que te encuentras en una cafetería del centro y nunca se sabe...; que a lo mejor, casi seguro..., en fin, todas las mujeres que miran; y las demás personas, la gente, en general, a la que siempre gusta causar buen efecto y ver que se te quedan contemplando admirada: «Qué buen mozo, qué elegante; qué bien le sienta el negro...» El aspecto es muy importante, la primera impresión es la que cuenta. «¡Vaya tipo!» «Un poco triste, ¿no?» «Es el negro.» «Además, eso le da un aire muy interesante, ¿no te parece?» Pasas y se te quedan mirando. Cosas así, ésas son las que valen. ¡Y qué diferencia!... Vamos, como del día a la noche. Como que si lo pienso, no me atrevo a salir más de casa con esta mierda.

Y estando de luto, por otra parte, puedes ponerte todo lo serio que quieras, que nadie va a decirte nada; todo lo contrario. Cuanto más, mejor. Y un rostro pálido y serio, maltratado por el dolor o marcado por el escepticismo y la dureza que siempre sobreviene a la muerte de un ser querido, va que ni pintado como remate de un traje negro bien cortado.

—¿Por quién llevas el luto?

—Por Tal o Cual.

—Vaya, te acompaño en el sentimiento.

Y se acabó. Ni más preguntas, ni más explicaciones, ni más comentarios. Ninguna maledicencia ni el más mínimo motivo para el chisme; y yo, con mi trajecito puesto.

El de veranillo, por añadidura, se le caía a trozos y le hacía pasar

frío, tanto por las mañanas, cuando salía de casa, como por las noches (ya desde media tarde), al volver. De modo que al comienzo del otoño acabó por licenciarlo y ponerse el otro, el de invierno, con el que aún anduvo unos días a cuerpo, antes de enfundarse la gabardina, de la que no tenía pensado desprenderse ya por mucho tiempo.

Un frío anochecer, en que había llegado pronto a casa, se tumbó en la cama a terminar de leer el periódico mientras la mujer hacía la cena, en la cocina. En silencio, sin que ella lo viera ni lo oyera, abrió el armario y sacó el traje. Se lo puso y se estuvo contemplando delante del espejo. Pero esto lo hizo casi sin darse cuenta él mismo; de modo que se vió de pronto en la luna vestido de etiqueta o de luto; alguna de esas cosas era, y la sensación que sintió no era mala. Desde entonces hizo la misma operación muchas veces durante aquel invierno, con sigilo, cuidadosamente, en silencio, y cada vez se encontraba mejor. Se veía en el espejo y disfrutaba viéndose. ¡Qué traje! ¡Qué bien le quedaba! Pasaba sus manos por las solapas duras y tiesas, se ajustaba la chaqueta a las caderas, el juego de los hombros guateados; sentía calor en la cintura; el pantalón, justo en su sitio; la raya, pierna abajo, como una plomada, hasta el borde del zapato. Tomaba diversas actitudes ante el espejo, todas ellas dentro de la mayor sobriedad y elegancia, displicentes algunas; veía la representación y estaba de acuerdo con ella; le gustaba. Abría y cerraba la boca como si estuviera hablando, pero sin decir media palabra. (Tina estaba en la cocina), fumaba en boquilla, expulsaba el humo, mantenía un vaso de *whisky* en la mano derecha y metía la izquierda en el bolsillo del pantalón.

Pronto llegaría la primavera, y a Mario le gustaría mucho poder ponerse el traje negro para entonces. Salir a la calle con él, andar a cuerpo.

Una sincera emoción, casi un rubor le calentaba el cuerpo cuando pensaba en ello. Pero... ¿cómo? Mejor dicho, ¿quién?

Seguía necesitando una justificación.

Le dijo a Tina uno de aquellos días:

—Voy a escribir a casa, a ver cómo están todos. Y a tus padres, ¿por qué no les escribes? Tampoco sabemos nada de mis hermanos, ni de...

—¿Por qué te acuerdas ahora de eso?

—Nada... Es que de repente se me ha ocurrido... Hace tiempo que no sabemos nada de ellos. Puede ocurrirles algo, ¿no?

—Si les pasara algo lo sabríamos, precisamente.

—De todos modos, yo voy a escribir.

También escribió a la abuela y a los tíos de Cuenca.

Y mientras esperaba las respuestas fué a visitar a su hermano Gabriel, que vivía en el otro extremo de Madrid con su mujer y los chicos («Si uno no se decide, pasan años sin que nos veamos», etc.), y todos estaban bien y fuertes como robles. Juan, en cambio, el marido de su hermana, se había caído de la moto y estaba en el hospital... «Mañana le dan de alta—le dijo Rosalía—, menos mal que no le queda ninguna señal.» Un cuñado es como un hermano, ¿no?, en la cuestión del duelo.

Uno de los jefes de la oficina estaba enfermo desde hacía tiempo... A un compañero le habían desahuciado los médicos (él no sabía nada, andaba tan campante: «Cáncer», le había dicho a Mario otro que lo sabía, en voz baja). Pero con éstos no podía contar; éstos, como si nada, No iba a ponerse de luto riguroso por ellos.

Por una persona de la intimidad, un familiar muy allegado, está bien el extremado rigor del luto. Tal un traje negro, camisa y puños blancos, corbata negra o gris. Ahora la gente, además, incluso pasa por alto lo del luto riguroso, a veces, aunque se trate del propio padre. Claro. que casi siempre es porque no puede. Pero él aún podía, allí tenía el traje listo, esperando. Después está el medio luto, el alivio de luto, el luto sólo en la corbata o en la franja alrededor del brazo, etcetera, hasta llegar al pequeño e insignificante luto del botón recubierto de tela negra en el ojal de la solapa, o el luto pobre y tenaz de la franjita negra vertical en medio del bolsillo de la pescadora o de la guayabera. Pero no se trata de eso. Se trata del luto entero y verdadero, del traje de luto nuevo e impecable que está colgado de la percha en el armario. Secretamente, Mario estaba dispuesto a ponerse de riguroso luto por quien fuese, incluso por familiares de segundo o tercer orden, si bien le gustaría no sacar las cosas de quicio y adecuar la importancia del traje negro a la calidad del muerto, o de la muerta.

«En casa todos bien, a Dios gracias—escribía el hermano menor, todavía soltero—. Padre está mejor que nunca, y madre parece una moza, tan bien le sienta la montaña.»

La tía Clara (ella, como siempre) daba noticias de la abuela: «Anda todos los días varios kilómetros. No queremos dejarla trabajar, pero ella no para. Le hemos comprado entre todos un abrigo nuevo, para que se lo ponga los domingos, y parece una pollita por el paseo. Todos los demás, ya te digo, estamos como siempre, muy bien. Y vosotros, ¿qué tal?»

Tina también lo sorprendió, por entonces, al decirle:

—He recibido carta de casa, de mis padres. ¡Están mejor que de jóvenes...! Figúrate, sin tropa con la que pelear ni a la que dar de comer...

—Pero... bien, ¿no? —se oyó decir aún.

—¡Oh, muy bien! —respondió alegremente Tina.

De todos modos, esas noticias siempre llegan de golpe, cuando menos lo esperas. Un telegrama urgente, por ejemplo; eso a todos nos ha ocurrido alguna vez, o ha de ocurrirnos.

A veces, al verse en el espejo con el traje negro puesto, se mezclaban en el pecho de Mario la congoja por la persona muerta (el ser querido, la pérdida irreparable, etc.) y la gozosa emoción de la meta alcanzada (un porte distinguido, y, sobre todo, la liberación de todo aquello). Porque, en efecto, su lucha interior exigía con urgencia un desenlace, cualquiera que fuese, una solución que deshiciera aquel nudo en la garganta, clarificara su mirada y le soltara las manos. En una palabra, precisaba ponerse el traje negro, y ponérselo con la frente bien alta, por un motivo suficiente y con razón.

Pasaron días y semanas y ya había que ir empezando a pensar en desprenderse de la gabardina. El tiempo estaba bueno, pero el traje que llevaba puesto estaba cada vez peor. Ya no había por donde cogerlo.

Entonces fué cuando su madre se puso tan mala. De momento quedó como espantado, pero al imaginarse con el traje de luto, acongojado y lleno de tristeza en sus paseos solitarios por la Castellana («qué tipo más interesante»), se animó un poco y empezó a considerar el caso como algo inevitable, esas cosas de las que uno no es culpable ni tampoco puede evitar, aunque quisiera. Por las noticias que iban llegando, la madre se agravó, se agravó y luego experimentó una mejoría, sí, estaba mejor..., y se estacionó en esta situación, sin ir para adelante ni para atrás, siempre igual, guardando cama y sufriendo.

Y en esto Tina volvió a hablarle de ello:

—Vas a tener que hacértelo, Mario —le dijo, la tarde de un domingo, ya encima de la nueva primavera—. Este está... impresentable.

Mario la miraba, la oía, contemplaba el movimiento de sus labios, el ir y venir de la mano con la plancha, pálida muchacha, joven y amada, la más querida de todas las personas, sin la cual no sabría vivir aunque fuera justamente el ser por el que hay que llevar el más riguroso de los lutos, ahora y siempre, un año y otro y durante toda la vida.

—¿Qué te pasa? —le dice ahora Tina—. ¿Por qué me miras así?

El baja la vista, se estremece, parece que ha dejado de respirar, tan abatadio y vacío, muerto se halla.

—Te digo que no puedes dejar pasar más tiempo sin hacerte el traje nuevo. Aunque sea a plazos... Ya nos arreglaremos.

—Ese traje... —mueve la cabeza hacia la puerta de la cocina, alza la mirada, su voz es un hilo que se desenrosca desde lo hondo.

—¿El negro, dices? —Tina habla distraídamente.

—Sí, el traje negro. Véndelo. Véndelo por lo que te den. O quémalo.

—Pero...

Mario se levanta y se acerca a su mujer, trémulo y con los ojos húmedos.

—Por favor, Tina, deshazte de él.

Daniel Sueiro
Maudes, 36
MADRID